



S. S. JUAN PABLO II

HOMILIA EN LA SOLEMNE INAUGURACION DE SU PONTIFICADO

El día 22 de octubre, domingo, durante el solemne rito para el inicio de su Misión de Supremo Pastor, el Santo Padre Juan Pablo II pronunció el siguiente discurso:

1. «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mateo 16,16). Estas palabras fueron pronunciadas por Simón, hijo de Jonás, en la región de Cesarea de Filipo. Y las expresó en su propia lengua, con una profunda, vivida y sentida convicción. Pero esas palabras no encuentran en él su fuente, su origen: «Porque ni la carne ni la sangre te las han revelado, sino mi Padre que está en los cielos» (Mateo 16,17). Eran éstas, palabras de fe. Ellas marcan el inicio de la misión de Pedro en la historia de la salvación, en la historia del Pueblo de Dios. Desde entonces, desde esa confesión de fe, la historia sagrada de la salvación y del Pueblo de Dios debía adquirir una nueva dimensión: expresarse en la histórica dimensión de la Iglesia. Esta dimensión eclesial de la historia del Pueblo de Dios tiene sus orígenes, nace en efecto, de estas palabras de fe, y queda vinculada al hombre que las pronunció: «Tú eres Pedro —roca, piedra— y sobre ti, como sobre una piedra, yo edificaré mi Iglesia».

2. Hoy, y en este lugar, se hace necesario que de nuevo se pronuncien y se escuchen las mismas palabras: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Sí, hermanos e hijos: ante todo, estas palabras. Su contenido abre a nuestros



Aquel que ha nacido de la Virgen María, el hijo del carpintero —como se le consideraba—, el Hijo del Dios vivo, como ha confesado Pedro, ha venido para hacer de todos nosotros «un reino de sacerdotes».

El Concilio Vaticano II nos ha recordado el misterio de esta potestad y el hecho de que la misión de Cristo —Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey— continúa en la Iglesia. Todos, todo el Pueblo de Dios participa de esta triple misión. Tal vez en el pasado se ponía sobre la cabeza del Papa la tiara, aquella triple corona, para expresar, a través de ese símbolo, que todo el orden jerárquico de la Iglesia de Cristo, toda la «sagrada potestad» en ella ejercitada no es otra cosa que el servicio, servicio que tiene por objeto una sola cosa: que todo el Pueblo de Dios participe de esta triple misión de Cristo y permanezca siempre bajo la potestad del Señor, la cual tiene sus orígenes no en los poderes de este mundo, sino en el Padre celestial y en el misterio de la Cruz y de la Resurrección.

La potestad absoluta y, a la vez, dulce y suave del Señor responde a lo más profundo del hombre, a las más elevadas aspiraciones de la inteligencia, de la voluntad, del corazón humanos. Esa potestad no habla con un lenguaje de fuerza, sino que se expresa en la caridad y en la verdad.

El nuevo Sucesor de Pedro en la Sede de Roma eleva hoy una oración fervorosa, humilde, confiada: «Oh Cristo, haz que yo me convierta en servidor de tu única potestad, y lo sea de verdad. ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de esa potestad tuya que no conoce el ocaso! ¡Haz que yo pueda ser un siervo! Más todavía: siervo de tus siervos».

5. ¡Hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad! ¡Ayudad al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera! ¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más aún, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora las fronteras de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe «lo que hay dentro del hombre». ¡Sólo El lo sabe!



Con frecuencia, el hombre de hoy no sabe qué es lo que lleva dentro de sí, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Con frecuencia se siente inseguro acerca del sentido de su vida en esta tierra. Se ve invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid pues —os lo ruego, os lo pido con humildad y con confianza—, permitid que Cristo hable al hombre. ¡Sólo El tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!

Precisamente hoy, celebra la Iglesia entera su «Jornada Mundial de las Misiones»; es decir, ora, medita, actúa para que las palabras de vida de Cristo lleguen a todos los hombres y para que ellos las escuchen como mensaje de esperanza, de salvación, de liberación total.

6. Doy las gracias a todos los aquí presentes, que han querido participar en esta solemne inauguración del ministerio del nuevo Sucesor de Pedro. Doy las gracias de corazón a los Jefes de Estado, a los Representantes de las Autoridades, a las Delegaciones de los Gobiernos, por su presencia, que tanto me honra. ¡Gracias a vosotros, Eminentísimos Cardenales de la santa Iglesia romana! ¡Os doy las gracias a vosotros, queridos hermanos en el Episcopado! ¡Gracias a vosotros, sacerdotes! A vosotros, hermanas y hermanos, religiosas y religiosos de las Ordenes y de las Congregaciones, ¡gracias! ¡Gracias a vosotros Romanos! ¡Gracias a los peregrinos venidos de todo el mundo! ¡Gracias, finalmente, a cuantos siguen este Sagrado Rito a través de la radio y de la televisión!

7. Me dirijo ahora a vosotros, mis queridos compatriotas, peregrinos de Polonia; a vosotros, los obispos, mis hermanos, y a vuestro venerable Primado, que os preside; a vosotros, sacerdotes, hermanas y hermanos de las Congregaciones religiosas polacas; a vosotros, representantes de esa «Polonia» extendida en el mundo entero. ¿Qué puedo yo deciros a vosotros, los que habéis venido de mi ciudad de Cracovia, la sede de San Estanislao, del que yo he sido indigno sucesor durante catorce años? ¿Qué deciros? Todo lo que pudiera deciros apenas si podría traslucir lo que en este momento siente mi corazón y lo que vosotros experimentáis en vuestros corazones.



Callen, pues, desaparezcan las palabras. Quede tan sólo un gran silencio delante de Dios, el silencio que se convierte en oración.

Os lo pido ¡estad conmigo! En *Jasna Gora* y en todas partes. No dejéis de estar con el Papa, que hoy reza con las palabras del poeta: «Madre de Dios, que proteges la clara *Czestochowa* y que brillas sobre la *Porta Accuta*». Yo os digo lo mismo en este momento tan particular.

8. Han sido unas palabras de llamada e invitación a la oración por el nuevo Papa, expresadas en lengua polaca. Con la misma llamada me dirijo a todos los hijos y a todas las hijas de la Iglesia Católica. Acordaos de mí, hoy y siempre, en vuestra oración.

A los católicos de los países de lengua francesa expreso ahora mi afecto y mi simpatía. Y me permito contar de antemano con vuestro apoyo filial y sin reservas. ¡Que progreséis en la fe! Y a los que no comparten esta fe, les envío también mi saludo respetuoso y cordial. Espero que sus sentimientos de benevolencia facilitarán la misión espiritual que me incumbe y que no carece de significado para la felicidad y la paz del mundo.

A todos vosotros, que habláis inglés, os saludo de todo corazón en el nombre de Cristo. Cuento con la ayuda de vuestra oración y vuestra buena voluntad para el ejercicio de mi misión en servicio de la Iglesia y de la humanidad. Que Cristo os otorgue su gracia y su paz, superando las barreras que dividen y haciendo que todas las cosas se unan a El.

Envío un cordial saludo a todos los aquí presentes, y a todos los hombres que habitan en tierras de lengua alemana. Muchas veces —y recientemente en mi visita a la República Federal Alemana— he tenido ocasión de conocer y apreciar personalmente la estupenda actividad de la Iglesia y de sus fieles. Que vuestra generosa entrega al servicio de Cristo sea cada vez más fructuosa para las grandes tareas y necesidades de la Iglesia en el mundo entero. Esto es lo que yo ahora os pido y confío mi nuevo ministerio apostólico a vuestras oraciones particulares.



Mi pensamiento se dirige ahora hacia el mundo de lengua española, una porción tan considerable de la Iglesia de Cristo. A vosotros, hermanos e hijos queridos, llegue en este momento solemne el afectuoso saludo del nuevo Papa. Unidos por los vínculos de una común fe católica, sed fieles a vuestra tradición cristiana, hecha vida en un clima cada vez más justo y solidario, mantened vuestra conocida cercanía al Vicario de Cristo y cultivad intensamente la devoción a vuestra Madre, María Santísima.

Hermanos e hijos de lengua portuguesa: como «siervo de los siervos de Dios», os saludo afectuosamente en el Señor. Al daros mi bendición, confío en la caridad de vuestra oración, y en vuestra fidelidad para vivir siempre el mensaje de este día y de este rito: «¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo!».

(En ruso). Que el Señor sea con todos nosotros por su gracia y la filantropía de su misericordia.

(En checo). De todo corazón saludo a Checos y Eslovacos, que me son tan próximos.

(En ucraniano). Con todo mi corazón saludo y bendigo a todos los Ucranianos de la diáspora y del mundo entero.

(En lituano). Mi más cordial saludo a mis hermanos lituanos. Estad siempre alegres y sed fieles a Cristo.

Abro mi corazón a todos los hermanos de las Iglesias y de las Comunidades Cristianas, saludando, en particular, a los que estáis aquí presentes, en espera de un próximo encuentro personal; pero ya desde ahora os expreso mi sincero aprecio por haber querido asistir a este solemne rito.

Y de nuevo me dirijo a todos los hombres, a cada uno de los hombres (¡y con qué veneración el apóstol de Cristo debe pronunciar esta palabra: hombre!): ¡Rezad por mí! ¡Ayudadme para que pueda servirlos! Amén.